

Voltaire

# Juanico y Perico



E LEJANDRIA

Voltaire

Juanico y Perico



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# JUANICO Y PERICO

**VOLTAIRE**

**PUBLICADO: 1764**  
**FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE**  
**TRADUCCIÓN: JOSÉ MARCHENA**

**EDICIÓN ORIGINAL: BIBLIOTECA PEROJO, MADRID, 1878,  
CORRECCIÓN POR ELEJANDRÍA: SE CORRIGE LA ORTOGRAFÍA  
Y SE MODERNIZAN TÉRMINOS ARCAICOS.**

## JUANICO Y PERICO

Muchos sujetos fidedignos conocieron a Juanico y Perico en la escuela de Issoire, en Auvernia, pueblo ilustre en todo el universo por su colegio y sus calderos. Era Juanico hijo de un traficante en machos muy afamado, y Perico debía la existencia a un buen labrador de las inmediaciones que cultivaba la tierra con cuatro mulas y que, cuando había pagado el diezmo, la primicia, los impuestos y la talla, no se quedaba muy sobrado de dinero para llegar hasta el fin del año.

Para ser auverneses, Juanico y Perico eran muy bonitos muchachos, y se querían mucho uno a otro, teniendo siempre entre ellos ciertas confianzas de las que se acuerdan los camaradas de la escuela con gusto cuando se ven luego de mayores.

Ya estaban para salir de la escuela de escribir, cuando un día trajo un sastre a Juanico un vestido de terciopelo con una chupa de raso a la última moda, acompañado todo con una carta del señor de los Juanetes. Perico alabó mucho el vestido sin tener envidia; pero Juanico se las empezó a dar de gran señor, cosa que afligió mucho a Perico. Juanico desde este día no volvió a mirar el libro, pero se miraba mucho al espejo y no hacía aprecio de nadie. Poco después llegó en posta un ayuda de cámara trayendo otra carta para el señor marqués de los Juanetes, que era una orden de su señor padre para que, sin más tardanza, fuera el señorito, su hijo, a París. Subió Juanico a su coche alargando la mano a Perico, sonriéndose a guisa de protector y con mucha dignidad. Conoció Perico su miseria y echó a llorar; Juanico partió con toda la pompa de su altanería.

Bueno es que sepan los lectores que desean instruirse que el señor Juan, su padre, había granjeado con mucha prontitud un inmenso caudal entrometiéndose en varios negocios. Preguntará alguno cómo se hacen esos inmensos caudales; pues no más que porque sopla la fortuna. El señor Juan era buen mozo, y buena moza su mujer, robusta y lozana. Fueron a París a seguir un pleito que les costaba mucho, y la fortuna, que encumbra o abaja a los hombres como se le antoja, les deparó la mujer de un asentista de los hospitales del ejército, sujeto de mucha capacidad y que podía jactarse de haber acabado con más soldados en un año que en diez la artillería enemiga. Juan agradó a la señora, y la mujer de Juan al señor asentista. En breve tuvo Juan parte en el asiento, y luego se metió en otros negocios. Cuando uno está en la corriente del río, no tiene más que dejarse llevar para ganar, sin afanarse, un caudal inmenso. Los envidiosos, que desde la orilla nos contemplan navegar con las velas desplegadas, se quedan con la boca abierta sin saber cómo hemos podido salir con nuestros deseos; nos envidian sin saber por qué y escriben contra nosotros folletos que no leemos. Eso es lo que pasó con Juan el padre, que muy en breve fue don Juan de los Juanetes, y que habiendo comprado un marquesado al cabo de medio año, sacó de la escuela al señor marquesito, su hijo, para que viniera a lucir a París.

Perico, siempre amigo constante, escribió una carta dando el parabién a su camarada antiguo, poniendo que escribía aquellas letras para congratularle. El marquesito no le respondió, y Perico cayó enfermo de sentimiento.

Su padre y su madre buscaron sin tardanza un ayo al señorito. Era este ayo un petimetre que, no sabiendo nada, nada pudo enseñar a su alumno. El marqués quería que aprendiera su hijo el latín; la marquesa no quiso. Llamaron por árbitro a un autor, célebre a la sazón por sus escritos amenos, y le convidaron a comer. Lo primero que le dijo el amo de casa fue:

—Caballero, como usted sabe el latín y es hombre fino...

—¡Yo, señor marqués, el latín! Ni una palabra sé —respondió el autor conceptista—, y doy mil gracias a Dios. Claro es que habla uno mejor su lengua cuando no se aplica más que a ella sin hacer caso de las extranjeras. Mire usted a todas nuestras damas cuánto más apurado gusto tienen que los hombres, y cómo escriben sus cartas con cien veces más gracia; pues de nada más pende eso sino de que no saben latín.

—¿Qué tal? ¿Tenía yo razón o no? —dijo la marquesa—. Mi hijo quiero yo que sea un mozo discreto, que se haga lugar con la gente fina, y ya ves que si supiera el latín sería hombre perdido. ¿Representan acaso la comedia y la ópera en latín? ¿Se defienden en latín los pleitos? ¿Se requiebran las damas en latín?

Aturullado el marqués con tan convincentes razones, confesó su yerro, y quedó resuelto que no perdería el marquesito el tiempo en entender a Cicerón, Horacio y Virgilio.

—¿Pues qué ha de aprender? Porque al cabo menester es que sepa algo. ¿No se le podría enseñar algo de geografía?

—¿De qué le servirá? —respondió el ayo—. Cuando vaya el señor marqués a sus posesiones, ¿no han de saber los cocheros el camino? Por cierto que no le han de extraviar, y que para viajar no es necesario un cuarto de círculo, que se va muy cómodamente de París a Auvernia sin que sea menester saber en qué latitud se halla uno.

—Razón tiene usted —replicó su padre—; pero me han hablado de una ciencia muy hermosa que llaman, creo, la astronomía.

—¡Qué miseria! —respondió el ayo—. ¿Nos guiamos acaso por los astros en este mundo? ¿Quiere usted que se devane los sesos el señor marquesito calculando un eclipse, cuando lo encuentra a la hora fija en la Guía de Forasteros, que además le enseña los días de fiestas movibles, la edad de la luna y de todas las princesas de Europa?

La marquesa fue en todo del dictamen del ayo. El marquesito no cabía en sí de gozo; pero su padre estaba muy indeciso.

—¿Pues qué ha de aprender mi hijo? —decía.

—A ser amable —respondió el amigo llamado a consulta—, y lo sabrá todo si sabe los medios de agradar: arte que le enseñará mi señora su madre, sin que ni el uno ni la otra se tomen el menor trabajo para ello.

Al oír estas razones, dio la señora marquesa un abrazo al amable ignorante, diciéndole:

—Bien se ve, caballero, que es usted el hombre más instruido del mundo, y mi hijo le deberá toda su educación; pero me imagino que no fuera malo que supiese algo de historia.

—Quita allá —respondió—, ¿para qué sirve? Las únicas útiles y gustosas son las historietas del día; que todas las historias antiguas, como decía uno de nuestros más agudos ingenios, son fábulas generalmente admitidas, y las modernas un caos que nadie puede desenmarañar. ¿Qué importa al señorito su hijo de usted que estableciera Carlomagno los doce pares de Francia, ni que fuese tartamudo su sucesor?

—Muy bien dicho —exclamó el ayo—; así ahogan la inteligencia de los niños bajo un montón de inútiles conocimientos, puesto que en mi dictamen la más absurda de todas las ciencias es la geometría, y la que es capaz de sofocar todo talento. Objeto de esta ridícula ciencia son las superficies, las líneas y los puntos que no existen en la naturaleza, haciendo pasar idealmente cien mil líneas curvas entre un círculo y la línea recta que le toca, aunque en realidad no pueda pasar la cosa más semínima. De veras, la geometría es una bobería insulsa.

Ni el marqués ni la marquesa entendían lo que decía el ayo; pero eso no quitó que fueran en todo de su dictamen.

—Un señor como el marquesito —continuó aquel— no se ha de devanar los sesos en estudios superfluos: si necesita un día un sublime geómetra para levantar el plano de sus tierras, hará que se las midan por su dinero; si quiere desenvolver la antigüedad de su nobleza que sube a los más remotos siglos, enviará en busca de un

benedictino de San Mauro, y lo mismo sucede con todas las artes. Un señorito de buen entendimiento no es pintor, ni músico, ni arquitecto, ni escultor; pero hace que florezcan todas estas artes dándoles estímulo con su magnificencia. Sin duda vale más protegerlas que ejercitarlas; con que tenga fino gusto el señor marquesito es suficiente, y los artistas trabajarán para él; y por eso se dice con mucha razón que los caballeros (hablo de aquellos que son muy ricos) lo saben todo sin haber aprendido nada, porque efectivamente al cabo de tiempo saben fallar de todas las cosas que mandan y pagan.

Tomando entonces el hilo de la conversación, el amable ignorante dijo:

—Con mucha razón ha notado usted, señora, que el fin principal del hombre es hacerse cabida en la sociedad. Díganme si se logra esta con las ciencias. ¿Se habla nunca de geometría entre gentes? ¿Preguntan a un hombre bien criado qué astro sale hoy con el sol? ¿Se trata en un convite de si Clodión el de cabellos largos pasó el Rin?

—No, por cierto —exclamó la marquesa de los Juanetes, a quien su linda cara había hecho algún lugar entre las gentes de fino trato—; y no ha de amortiguar mi hijo su talento con el estudio de todo ese fárrago. Pero en resumen, ¿qué ha de aprender? Porque bueno es que pueda un señorito lucir cuando se ofrezca, como dice mi marido el señor marqués. Acuérdome de haber oído decir a un abate que la ciencia más agradable de todas era una cuyo nombre se me ha olvidado, pero que empezaba con B.

—¿Con B, señora? ¿Será la botánica?

—No; no hablaba de botánica; digo que empezaba con B, y acababa en on.

—Ya entiendo, ese es el blasón: verdad es que es ciencia muy profunda, pero que no es de moda desde que se ha perdido la costumbre de pintar sus armas en las portezuelas de los estribos de los coches, que era la cosa más útil del mundo en un Estado bien

civilizado; sin contar con que sería este estudio un proceder infinito, porque hoy día no hay barbero que no tenga sus armas; y todo aquello que se hace común se aprecia en poco.

Finalmente, pesados bien los inconvenientes y las ventajas de las ciencias, quedó resuelto que aprendiera el señor marquesito a bailar.

Pródiga la naturaleza, había dotado a este de una habilidad que en breve tomó vuelo, y era cantar coplas con mucho donaire. Las gracias de la mocedad con este don supremo fueron parte para que le mirasen como a un mancebo que daba las mayores esperanzas. Las damas le querían; y como tenía la cabeza atestada de coplas, hizo versos para sus queridas. En una décima hablaba de Baco y de Cupido, en esta de la noche y el día, y en aquella de gustos y sustos; pero como siempre había en sus versos algunas sílabas de más o de menos, los hacía enmendar mediante una onza de oro por décima, y sus versos salían en los periódicos como pudieran los de los grandes poetas de la nación. Se figuró entonces la señora marquesa que tenía en su hijo un ingenio soberano y convidó a cenar a los ingenios de París. El mancebo en breve acabó de quedarse tonto rematado, adquiriendo el arte de hablar sin saber lo que decía y perfeccionándose en su costumbre de no ser bueno para nada. Su padre, viéndole tan elocuente, sintió en el alma no haberle enseñado el latín para hacerle un gran togado; pero su madre, que tenía pensamientos más altos, se encargó de levantar un regimiento para su hijo, y este se puso a enamorar mientras tanto. A veces el amor cuesta más caro que levantar un regimiento; y así gastó mucho, mientras que sus padres gastaban todavía más en representar el papel de principales señores.

Una viuda de circunstancias y moza, vecina suya, que tenía poco caudal, tuvo la condescendencia de determinarse a poner en parte segura las muchas riquezas de los señores marqueses de los Juanetes, alzándose con ellas y casándose con el marquesito; atrájole para ello a su casa, se dejó querer, le dio a entender que no le disgustaba, le prendó poco a poco, le embelesó y le sojuzgó sin dificultad. Unas veces le daba elogios, otras consejos, y al mismo

tiempo se hizo la mejor amiga de sus padres. Otra vecina vieja propuso el casamiento; y deslumbrados los marqueses con el brillo de entroncar con linaje tan alto, admitieron gustosísimos la propuesta y dieron su único hijo a su íntima amiga.

Iba a casarse el marquesito con una mujer a quien idolatraba y que le quería; le daban el parabién los amigos de la casa, y ya iban a celebrarse los esponsales y estaban trabajando en los vestidos de boda y en el epitalamio. Una mañana que estaba a las plantas de la amable esposa que a la amistad, a la estimación y al amor de consuno debía, mientras que en un animado y amoroso coloquio disfrutaban las primicias de su felicidad y ordenaban el plan de una deliciosa vida, llega sofocado un ayuda de cámara de la marquesa y le dice:

—¡Lindas novedades, por cierto! Llena está la casa de alguaciles y escribanos que andan descolgando todos los muebles; los acreedores lo han embargado todo, y yo voy a procurar que se me pague mi salario.

—Veamos —dijo el marquesito— qué es eso y qué quiere decir esa bulla.

—Sí, vaya usted —dijo la viuda— a dar justo castigo a esos bribones; no se detenga un punto.

Se va corriendo, y cuando llegó a su casa ya estaba preso su padre y los criados se habían escapado cada uno por su lado llevándose cuanto habían podido: su madre estaba sola, sin socorro, sin consuelo, deshecha en llanto y sin que le quedara otra cosa que la memoria de sus riquezas, de su hermosura, sus desarreglos y sus desatinados gastos.

Lloró primero largo rato el hijo en compañía de su madre, y le dijo luego:

—No nos desesperemos; la viuda moza me quiere entrañablemente, y es todavía más generosa que rica; yo confío en ella: voy corriendo a hablarle y la traigo aquí.

Se vuelve a casa de su amada y la encuentra hablando a solas con un oficial mozo muy amable.

—¡Conque es usted, señor de los Juanetes! ¿A qué viene usted aquí? ¿Cómo abandona a su madre? Vuélvase con la pobre mujer y dígame que le tengo mucha lástima, que necesito una planchadora y que la tomaré a ella.

—Chico —le dijo el oficial—, bastante bien plantado eres; si quieres servir en mi compañía haré que te den un buen enganche.

Atónito el marquesito, y encendido el pecho en ira, se fue a buscar a su antiguo ayo, le confió su pesar y le pidió consejo; y este le propuso que se hiciera, como él, ayo de chiquillos.

—Si nada sé —le respondió—, porque usted nada me ha enseñado y ha sido el primer móvil de mis desventuras.

Suspiraba diciendo esto, y un ingenio de sus conocidos antiguos que se hallaba presente le dijo para consolarle que compusiera novelas, que era un buen medio para hacerse rico en París.

Más desesperado que nunca el mancebo, se fue a buscar al confesor de su madre, que era un teatino muy estimado, que solamente confesaba a las señoras de alto copete, y que así que le vio, corriendo le salió al encuentro.

—¡Dios mío! Señor marquesito, ¿dónde ha dejado usía el coche? ¿Cómo está su respetable madre mi señora la marquesa?

Contóle entonces el pobre desventurado el desmán de la familia; y al paso que se explicaba, iba poniendo el teatino la cara más seria, más adusta y más grave.

—Hijo mío, esa era la voluntad de Dios; las riquezas no sirven más que para estragar los corazones. ¿Conque ha hecho Dios a su madre la gracia de reducirla a que pida limosna?

—Sí, padre.

—Mejor, que así está cierta de salvarse.

—Pero, padre, ¿no hubiera medio entre tanto de que nos socorrieran en este mundo?

—Adiós, hijo, que me está aguardando una señora duquesa.

Poco faltó al marquesito para desmayarse: casi todos sus amigos le trataron del mismo modo, y en medio día aprendió a conocer lo que era el mundo más que había aprendido en toda su vida.

Sumido estaba en la más profunda desesperación cuando vio venir un carronato entoldado, con unas cortinas de cuero por delante, al que seguían cuatro enormes carretas cargadas todas. En el carro venía un mozo vestido de aldeano, de un rostro lleno y colorado, que respiraba serenidad y alegría. Su mujer morenita y de facciones toscas, pero muy linda, venía traqueteando a su lado; y como el carro no llevaba el paso de un birlocho de petimetre, tuvo lugar el caminante para contemplar muy a su sabor al marquesito, que estaba inmóvil y absorto en su dolor.

—¡Dios mío! —exclamó—, creo que es Juanico.

Al oír este nombre, alza los ojos el marquesito y se para el carro. Es Juanico, Juanico es; y da mi hombrecito gordo un salto y abraza estrechamente a su antiguo camarada. Conoció Juanico a Perico y se le cubrió el semblante de rubor y llanto.

—Me has abandonado —le dijo Perico—; pero aunque seas gran señor, siempre te he de querer.

Confuso y enternecido, Perico le contó sollozando parte de los sucesos de su vida.

—Ven al mesón donde estoy aposentado —le dijo Perico— a contarme lo demás; da un abrazo a mi mujer y vamos a comer juntos.

Los tres se fueron a pie, siguiéndoles el bagaje.

—¿Qué significa todo ese tren? ¿Es tuyo?

—Sí, todo es mío y de mi mujer. Venimos de la tierra; yo tengo una fábrica de hierro estañado y cobre, y me he casado con la hija

de un rico negociante que trafica en utensilios necesarios para los ricos y los pobres. Trabajamos mucho, nos bendice Dios, no hemos mudado de condición, estamos acomodados y ayudaremos a nuestro amigo Juanico. Déjate de marquesados, que todas las dignidades de este mundo no valen tanto como un amigo verdadero. Te vendrás conmigo a nuestra tierra; te enseñaré mi oficio, que no es difícil; te pondré de aparcería y viviremos alegres en el rincón de la tierra donde nacimos.

Fuera de sí Juanico se hallaba combatido por el pesar y el gozo, el cariño y la vergüenza, y se decía a sí propio: "Todos mis amigos de trato fino me han engañado, y Perico, a quien yo había despreciado, es el único que me socorre. ¡Qué lección!". La bondad de Perico desenvolvió en el pecho de Juanico las semillas de su buena índole que aún no había sofocado el trato del mundo, y vio que no podía abandonar a su padre y a su madre.

—De tu madre ya cuidaremos —le dijo Perico—; y en cuanto a tu pobre padre que está en la cárcel, yo entiendo algo de negocios. Como sus acreedores saben que no le queda nada, con poco que se les dé quedarán contentos; yo me encargo de todo.

Tanto trabajó Perico que sacó de la cárcel al padre de su amigo. Juanico se volvió a su lugar con sus padres, que tomaron otra vez su antiguo oficio, y él se casó con una hermana de Perico, que era del mismo genio que su hermano, y con quien vivió muy feliz; y Juan padre, y Juana madre y Juanico hijo se convencieron de que la dicha no se cifra en la vanidad.

**FIN DE JUANICO Y PERICO.**

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**